

CAPÍTULO XII.

LOS OVAHEREROS (1) (DAMARAS) Y LOS DAMARAS MONTAÑESES

Residencia. — Origen. — Historia. — Cualidades del espíritu y del carácter. — Estructura corporal. — Traje y adornos. — Armas. — Utensilios. — Música. — Danza. — Alimentación. — Comercio. — Elevación de los hereros en los tiempos modernos gracias á la influencia de los misioneros. — Deficiencias de la agricultura. — Otras pérdidas de la cultura. — Ganadería. — Nomadismo. — Comunismo. — Familia. — Poligamia. — Muerte y enterramiento. — Relaciones políticas. — Ideas jurídicas. — Organización social ó castas. — Los *canas*. — Ideas religiosas. — Hechiceros y vírgenes del fuego. — Sacrificios. — Los damaras montañoses.

«Sabido es que entre las tribus negras del interior de África existe una eterna lucha, un continuo choque de pueblos y aun podríamos decir una emigración de pueblos constante, gracias á lo cual las distintas naciones pierden á menudo su existencia nacional desapareciendo por completo de la tierra, ó á menudo también cambian incesantemente de residencia, hasta que á la postre vienen á parar á centenares de millas de distancia de sus primitivos asentamientos, como si arrastradas por una tempestad volvieran á surgir de entre las olas de un mar de pueblos, y allí se establecen durante un período determinado. Estos pueblos se extienden al lado de sus vecinos como enigmáticas apariciones; nadie sabe de dónde vienen y aun muchas veces lo ignoran ellos mismos; ó bien en sus oscuras leyendas, en sus cuentos, en sus varias narraciones, en sus supersticiones, etc., aparecen inconscientemente y despojadas de todo color y de toda verdad históricos, vagas ideas, indecisos recuerdos de sus luchas, de sus emigraciones y de las muchas poblaciones con las cuales han estado en contacto. Este pueblo tan enigmático es el de los ovahereros.» Con las anteriores palabras comienza Josaphat Hahn sus preciosas observaciones sobre la historia y el presente de los ovahereros ó damaras; y por nuestra parte no creemos que pueda definirse mejor el rasgo fundamental de la historia de este pueblo notable.

Los ovahereros ó damaras llegaron á sus actuales residencias, según su propia tradición, procedentes del Norte y del Nordeste, pero hace por lo menos 100 años que están establecidos en aquéllas. La leyenda que refieren ellos mismos acerca de su origen parece indicar la existencia de una residencia anterior: los primeros hombres, es decir, los damaras — dicen — y los animales del país nacieron de un árbol en medio de la más completa oscuridad: entonces un damara encendió un fuego que espantó de tal manera á la cebra, á la jirafa, al ciervo *gnu* y á todos los demás animales de la selva, que todos ellos huyeron de la presencia del hombre, mientras que los domésticos, como el buey, la oveja y el perro, se quedaron agrupados sin temor alguno alrededor del fuego. Al lugar en que creció el árbol genealógico de su pueblo le dan el nombre de *Omaruru*, siendo muchos los que creen que es el mismo árbol que denominan *omumborombonga* y que Andersson encontró en los grandes bosques que se extienden al Este de la actual residencia de los damaras, hacia el lago Ngami. Y como en esta dirección habitan pueblos pastores cuyo modo de vivir se parece mucho al de los damaras, faltos de agricultura, al paso que al Norte de éstos viven tribus exclusivamente agrícolas, es más probable la inmigración de los damaras procedente del Este que la procedente del Norte. Antiguamente, parece que este territorio fué habitado por los hoy dispersos y acorra-

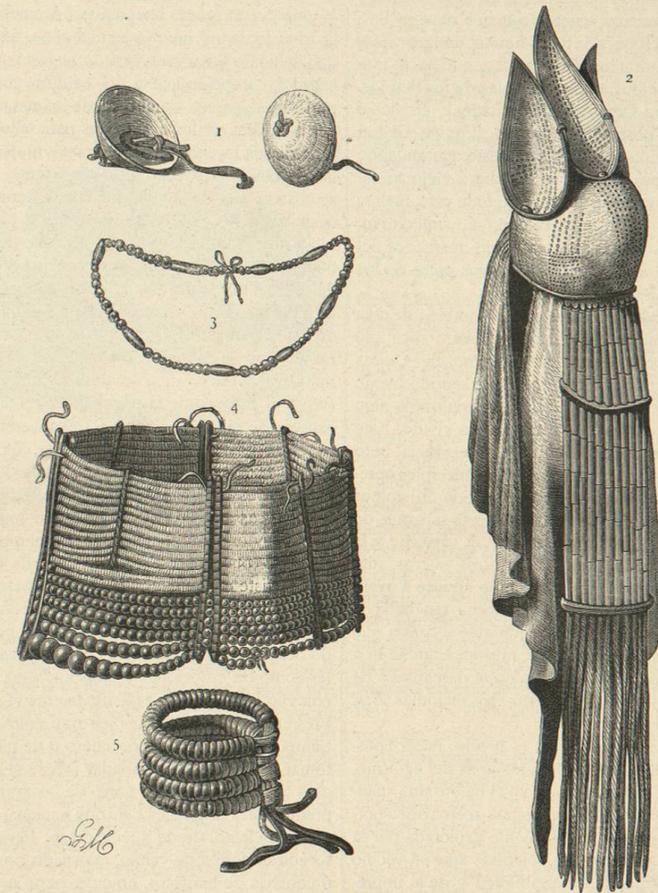
(1) El nombre de ovahereros que á sí mismo se da este pueblo, significa según J. Hahn «pueblo alegre»: el verdadero sentido de la denominación de damaras, derivada del lenguaje nama, aparece confuso.

lados bosquimanos y por las tribus que Andersson denomina damaras montañoses, estando fuera de toda duda que antes los namaquías habitaron la parte Sud de este territorio. Quizás los bosquimanos habitaron allí muy poco tiempo, pues son un pueblo inconstante que fácilmente cambia de lugar, razón por la cual los damaras montañoses han de ser considerados como los residentes más antiguos y por ende, en el sentido usual en el país, como los autóctonos. Ellos y los bosquimanos eran tan poco belicosos que sin grandes dificultades los sojuzgaron los ovahereros, pereciendo unos, cayendo prisioneros otros, y siendo el resto acorralado en las montañas ó en otros territorios poco fértiles y de difícil acceso en donde todavía llevan hoy una existencia miserable. Los que vinieron del Norte tampoco pudieron conservar la situación de exclusiva soberanía que, gracias á aquella conquista, habían conseguido. Al revés de otros pueblos para los cuales una victoria de tal suerte lograda es motivo para una firme cohesión en medio de los sojuzgados y por ende el primer escalón de una gran serie de éxitos, esos conquistadores, al poco tiempo de establecerse entre los 24° y 20° de latitud Sud y entre el lago Ngami y el mar Atlántico, se dividieron en un gran número de pequeñas tribus gobernadas por casi otros tantos caudillos despóticos. No tardaron mucho sus vecinos en sacar provecho de esta división, así es que al Este hubieron de sostener una guerra con los maschones (hoy á su vez dominados por los matabeles) los cuales, después de algunas desesperadas luchas, los arrojaron de las cercanías del Ngami. En los territorios, actualmente casi despoblados, que se extienden entre éste y el Tanobis, encuéntanse aún huellas de ese pueblo en forma de fuentes convertidas en abrevaderos para los ganados. Mientras tanto, seguían tomando incremento en el Sud sus más peligrosos enemigos, es decir los namaquías-hotentotes, tribu que anteriormente había sido empujada hacia el Sud por los hereros pero que luego se robusteció, gracias á la unión de un contingente que éstos habían establecido en el río Orange á las órdenes de Jan Africano (véase p. 114) hasta que en 1840 llegó á ser una potencia igual á la de aquéllos y como ellos fué invasora y conquistadora. En medio de todo esto, quedó destruída una tribu, en su origen algo distinta de la de los hereros, por lo menos en punto al dialecto, es decir la de los bandjerus (véase el grabado de la pag. 217), de suerte que á partir de aquel entonces puede darse con razón á todo aquel pueblo el nombre de hereros.

En 1842, los misioneros rhenanos negociaron una paz entre los namaquías y los hereros, paz que muy pronto fué quebrantada por un ataque de Jan Africano, viéndose desde entonces los últimos obligados á retroceder constantemente, hasta que, á mediados de 1850, vieron dominado todo su país. Las luchas intestinas habían contribuído extraordinariamente á tan triste resultado. Únicamente en el extremo Norte mantuviéronse algunas tribus independientes y, lo que casi significa lo mismo, ricas en ganados en las montañas que se alcanzan á los 18° de latitud, en donde los namaquías ó no se atrevieron á atacarles ó si lo hicieron fueron rechazados. Esta situación duró hasta el año 1863, fecha en que fueron ellos los que avanzaron y los que acorralaron á los namaquías. A su cabeza figuraba un valeroso caudillo, Kamaherero, en cuyo auxilio acudieron los conocidos cazadores de elefantes Andersson y Green, pero más que el apoyo de éstos fuéronle de provecho los consejos de su misionero Hugo Hahn, á cuyo alrededor se concentraron los hereros en 1865 en Otyimbingue. El triunfo costó, sin embargo, mucha sangre: Otyimbingue fué cuatro veces asaltada por grandes hordas namaquías, pereciendo

1,500 de éstos en el último asalto. Por fin en 1868 se restableció la paz, y desde entonces los hereros se repusieron rápidamente y progresaron en todos sentidos bajo la dirección de los misioneros alemanes. Pero desde 1881 se encendió de nuevo la guerra, de suerte que parece como si perpetuamente hubiesen de ser verdad las palabras con que Kanaherero apostrofó en cierta ocasión á los namaquías: «Por todas partes encontramos y pisamos huesos de nuestros padres, hijos, hermanos y amigos asesinados por vos-

otros los namaquías.» En efecto, todo el país damara está manchado en sangre, siendo preciso estar al corriente de estas luchas para explicarse el estancamiento de estos pueblos en el terreno de la civilización. De muy poco tiempo á esta parte les ha nacido un nuevo enemigo más peligroso y probablemente más hostil. Una compañía de boers emigrantes (*trekboers*) salió en 1879 del Transvaal, atravesó el Kalahari y se dirigió hacia el país damara, en donde se estableció á lo largo de una cadena de colinas á cu-



Adornos de los hereros: 1 Adorno para la cabeza, de los hombres. — 2 Adorno para la cabeza. — 3 Brazalette — 4 Delantal. — 5 Brazaletes para las piernas, de las mujeres (Museo para Etnografía, Berlín), $\frac{1}{2}$, de su verdadero tamaño.

yos pies serpenteaban algunos arroyos (18° de latitud Sud) y en donde, según las relaciones del año 1880, encontraron abundante caza y extensos prados. A juzgar por la descripción de lugares, estas colonias hubieron de situarse en la vecindad de los damaras más independientes: desgraciadamente la experiencia de las relaciones de los pueblos sud-africanos y aun la misma historia no permiten poner en duda la imposibilidad de que puedan vivir juntos en paz dos pueblos que buscan caza y pastos y que tienden por ende á la expansión. Y en el caso presente era tanto más inevitable el choque en cuanto los hereros venían siendo de mucho tiempo un pueblo que propiamente incitaba á los más fuertes á que lo sometieran. «Los damaras — dice Chapman — deben ser un pueblo ó muy cobarde ó muy

enervado, ó deben haber vivido, como los makobas del Botletle, desunidos y fraccionados en pequeños grupos: sólo así se comprende que pudieran ser sojuzgados por una raza tan miserable como la de los namaquías hotentotes, que es objeto de general desprecio para todos los demás pueblos negros del Sud de África.»

Su carácter ha debido sufrir ciertamente las consecuencias de tan funesta suerte, y hubieran sido precisas algunas generaciones viviendo en paz, cosa punto menos que imposible dadas las circunstancias que los rodean, para que, dirigidos por sus excelentes misioneros, hubiesen podido remontarse por encima del nivel de su antigua decadencia. Sin esta condición, aquellos pobres pueblos eran rebaños indefensos puestos delante del enemigo. Este descorazona-

miento explica el hecho de que los viajeros que les han tratado por espacio de algunos años les tachen de cobardes, calificación en la que coinciden Andersson, Galton, Chapman y Green. También se ha dicho de ellos que son excesivamente embusteros. «Al principio — dice Andersson — creí que los datos contradictorios que me proporcionaban los inventaban ex profeso para espantarme ó para engañarme, pero cuando conocí más á fondo su carácter comprendí que mentían más por costumbre que por afán de engañar.» Sin desconfianza raya en lo increíble. Es un hecho real y positivo que los misioneros vivieron muchos años en Barmen y en Schmelers Hope sin tener noticia de la existencia de manantiales, para ellos importantes, que hacía mucho tiempo eran conocidos en las cercanías de los hereros. De Otyimbingue hasta Omanbondi se puede ir en dos ó tres semanas: esto no obstante, el herero á quien Galton preguntó por la duración del viaje le contestó que andando cada día lo más de prisa posible se llegaba á viejo sin alcanzar el término del camino. A pesar de todo esto, no hay que atribuirles el vicio de la mentira en grado superlativo; pues los hereros no son más que tipos más marcados del inocente egoísmo que es fuente de la mayor parte de los pecados de los «salvajes.»

Sus dotes intelectuales se han resentido también de esas largas y crueles opresiones. El citado misionero dice que tienen el espíritu embotado, pero añade con razón: «Quizás les falta únicamente ser despertados: en este sentido puede serles favorable la circunstancia de haber disminuído algo la esclavitud maldita en que hasta ahora han vivido. Este pueblo tiene cierta energía y alguna perseverancia, pero estas cualidades han sido ahogadas por las indecibles opresiones y los crueles tratamientos de que ha sido objeto por parte de los namaquías. Uno de los rasgos más salientes de su carácter como á pueblo lo constituyen el capricho y la melancolía.» Este pueblo tiene, como otros negros, una disposición especial para el canto, llegando en esto á aventajar á los tan hábiles namaquías. ¡Qué escena tan bella la que nos describe Hahn al referir la agradable sorpresa que le proporcionaron los alumnos de las misiones cantando á cuatro voces fuera de la cabaña, mientras descansaba de las fatigas de un viaje por el desierto, las melodías *Ein feste Burg* y *Nun danket alle Gott!*

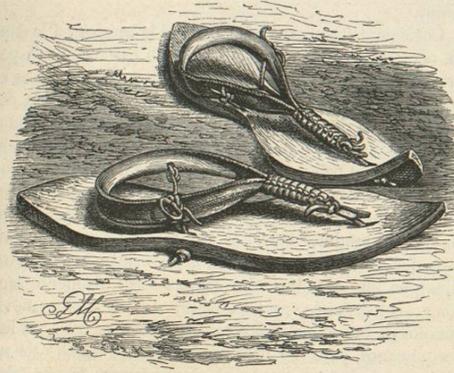
Al hacer mención de este juicio, es preciso hacer constar que por encima de todas estas faltas hijas del egoísmo, de la indolencia y del atraso, domina en el herero una cualidad que hace concebir grandes esperanzas acerca de su porvenir, siempre y cuando sea debidamente explotada por la educación: el herero es constante, mientras que su vecino hotentote es el prototipo de la variabilidad y de la imprevisión. Es difícil acercarse, convencer y convertir al herero, hombre que piensa más que siente, pero en cambio se aferra á aquello que ha aceptado como bueno. Los misioneros que mejor conocen á este pueblo insisten siempre en esta cualidad, en la cual ven una garantía del éxito favorable definitivo de sus esfuerzos.

Desde el punto de vista de la estructura corporal, los hereros pueden ser considerados como una de las tribus negras mejor formadas, puesto que en estatura y fuerza de desarrollo en todos sentidos, en nada ceden á sus afines de tribu del Sudeste, los bélicos cafres en el sentido más estricto de la palabra, y además en su rostro ha descubierto el entusiasta Josaphat Hahn un «sorprendente rasgo caucásico.» Los observadores más críticos aceptan por lo menos «que alguna aproximación al tipo caucásico puede encontrarse más fácilmente entre los hereros que entre la mayoría de los otros sud-africanos, los amazulús inclusive.»

(G. Fritsch). Nuestros grabados (véase también pag. 124) confirman lo dicho por este último observador, probando que el fundamento de esta aproximación está en el mayor desenvolvimiento de la nariz, en la forma más alta de la cabeza, en la menor prominencia de las mandíbulas y en la mayor regularidad de los labios. El origen de esta diferencia es difícil de explicar, pero de todas maneras no puede atribuirse ésta á las influencias del clima, dado el corto período transcurrido desde que los hereros emigraron á estos territorios. Tampoco cabe atribuir este resultado á la mezcla con sangre bosquimana ó nama.

El traje de los hereros se compone, cual corresponde á un pueblo de ganaderos, casi exclusivamente de prendas de cuero y, excepción hecha del extraño gorro que usan las mujeres, se parece mucho al de los namaquías. La desnudez completa en los adultos es para ellos una atrocidad. Una de sus leyendas habla de unas mujeres que tuvieron la desgracia, al parecer poco importante, de que el río les arrebatara sus delantales de cuero, teniendo que volver desnudas á sus casas: este río se llama todavía Okaroschiekie ó río desnudo. La prenda principal del traje, así de los hombres como de las mujeres, consiste en una ó dos pieles de oveja ó de cabra que se ciñen alrededor de la cintura: las mujeres llevan, además, debajo de aquellas prendas una especie de delantal de simple adorno hecho con innumerables tiras de cuero, en las cuales se clavan pedacitos de huevo de avestruz ó, si se trata de una mujer rica, perlas (véase el grabado de la pág. 221): los hombres llevan una especie de cinturón suelto formado con tirillas de cuero excesivamente delgadas, en el cual se colocan el kirri y, según las circunstancias, otros utensilios. Estas pieles, como los cuerpos mismos de los hereros, están embadurnadas con espesas capas de ocre y de grasa. Josaphat Hahn dice: «Por muy extraño y sucio que sea el untarse con grasa y ocre, no puede ser calificado de mala costumbre, antes bien reviste en aquellos climas los caracteres de necesidad, pues gracias á ello la piel se mantiene siempre húmeda y evita las irritaciones producidas por el polvo, que á menudo ocasionan enfermedades cutáneas, feas y peligrosas, tales como las erupciones y otras análogas. Además se evita con ello que se enfríe repentinamente el sudor.» Los hombres cubren sus cabezas, bien que sólo cuando hace mal tiempo, con un pedazo de cuero ó de piel, susceptible de tomar las formas más variadas (véase el grabado de la página 221): en cambio el gorro de las mujeres es una de las prendas más originales del traje nacional de los sud-africanos. En efecto, desde que se casan, llevan una especie de tocado en forma de yelmo, adornado con sargas de perlas ó conchas de mariscos, en cuya parte posterior sobresalen tres puntas á manera de orejas de asno: por detrás les cuelgan hilos de perlas de marfil ó de hierro que les llegan hasta los talones y que á veces tienen un peso de 10 kilogramos. Las mujeres casadas casi nunca se presentan sin esos gorros. Las sandalias de cuero, que no se usan para las marchas sino para estar en casa y que, como entre los orientales, se quitan cuando entra un forastero, completan el traje (véase pág. 223). Las mujeres se distinguen por el número excesivo de anillos de cobre y de hierro que llevan en el antebrazo y en las pantorrillas. Las sargas de perlas (las de hierro son las más estimadas) las usan así los hombres como las mujeres, en el cuello, y cuelgan de ellas todos los objetos de su predilección, tales como trozos de hierro, conchas y demás que les caen sobre el pecho. Galton refiere de cierto damara que del collar llevaba pendiente una sarta de bolas de marfil muy bien pulimentadas que, comenzada por piezas del tamaño de una bola de billar,

iban achicándose hasta terminar en los talones por bolitas como avellanas. El oro y el latón no tienen para ellos valor alguno. Se untan el cuerpo con grasa mezclada con piedra de hierro encarnada: con esta sustancia roja y con polvos de buchú se untan y empolvan también la cabellera, que llevan suelta formando pegajosas madejas. Las mujeres se colocan entre los cabellos tiras de cuero ó fibras vegetales. Los niños van á menudo completamente rapados: á las niñas se les deja crecer un mechón en la coronilla. Del adorno forma también parte la manera especial como se dejan crecer los dientes: los cuatro inferiores los rompen y los dos centrales de arriba los liman hasta darles la forma de una cola de golondrina, para lo cual se valen simplemente de piedras duras. A sus prisioneros de guerra y esclavos los marcan también arrancándoles algunos dientes. A los via-



Sandalias de cuero de los hereros (Museo para Etnografía, Berlín)

jeros que les han preguntado la causa de esta mutilación, que se lleva á cabo cuando el individuo entra en la pubertad, les han contestado que con esto se facilitaba el ceceo tan indispensable en su idioma. Pero la verdadera causa es desconocida aun para ellos mismos, siendo en realidad una antigua costumbre parecida á la de la circuncisión y demás ceremonias que para solemnizar el ingreso en la edad viril practican otras tribus cafres. Más adelante veremos que esto puede servir para determinar más aproximadamente el origen y el parentesco de los hereros. Una montaña del país damara, llamada Ischuameno, ha tomado su nombre de la fiesta de la mutilación de dientes que en tiempos más felices se celebraba en ella. Una de las costumbres particulares de los damaras es que nunca caminan de noche sin un tizón ardiendo, parte á causa del miedo, parte para disfrutar de luz y de calor. Josaphat Hahn refiere que muchas veces con esas teas arrebatan su botín á algún león.

Las armas de los damaras consisten en la azagaya, el kirri, el arco y la flecha (véase el grabado de la pág. 224): las dos primeras son las principales, siendo sobre todo poderosa en sus manos la segunda, esta mezcla de palo arrojado ó contundente y de maza que tan extendida vemos entre todas las tribus cafres: arrojándola, matan con gran seguridad animales pequeños, mientras que un golpe bien dirigido dado con ella puede matar á un hombre robusto. Todo damara lleva en su cinturón-delantal algunas de estas armas. Las azagayas entre los damaras se usan como armas de apariencia y principalmente como cuchillos. La punta, hecha con hierro dulce, es á propósito ancha y larga y su pulimentación y afilamiento constituyen una de las pocas ocupaciones regulares del damara que más tiempo le

entretienen. El mango es de madera dura y á menudo también de hierro, y en su centro ó en su extremo suele colocarse una cola de buey á modo de plumero. Como la anchura de la punta dificulta su uso para punzar y como la pesadez del mango hace difícil el arrojarla, de aquí que la utilidad de la azagaya como arma sea insignificante; al mismo tiempo la longitud del mango la hace poco á propósito para servir de cuchillo. El principal instrumento para cortar, para matar reses, etc., es el puñal que casi todos los hereros llevan en una vaina de cuero colgada á la cintura, y que rara vez se usa como arma. Igualmente inútiles les son como armas el arco y la flecha, á pesar de lo cual los hereros los llevan siempre consigo, aunque no tienen seguridad alguna en su manejo. Según Andersson sólo tiran bien á 10 ó á 12 pasos de distancia, pero á una distancia mayor es completamente nula su puntería. Lo más extraño es que no son malos tiradores con armas de fuego, lo cual parece indicar que sus arcos están mal confeccionados. Hace 30 años, los hereros poseían muy contados fusiles, pero el número de éstos ha aumentado en los últimos años, habiendo también adoptado un cuerno para la pólvora, imitación de los que usan los boers. A medida que aumentó entre ellos el número de fusiles, creció notablemente su espíritu bélico que tanto había decaído, siendo actualmente esta raza una de las mejor armadas. El palo escarbador, que los damaras llevan á menudo, como los bosquimanos, en el carcaj con las flechas, forma parte, no del armamento, sino del equipo: su habilidad para escarbar con este sencillo palo puntiagudo es extraordinaria, cavando con una mano y apartando á un lado con la otra la tierra.

Con la constitución general de los hereros está íntimamente relacionada la constitución militar: todo aquel que tiene con qué pagar un arma ha de llevarla. «En la actualidad — escribía Buttner en 1882 — apenas se ve á un herero fuera de su astillero sin su fusil. La caza le adiestra en el manejo de las armas. El tomar parte en la guerra es un acto puramente voluntario y como los hereros obran siempre movidos por un fin práctico, nunca ideal, nadie empuña las armas si no ve en ello una ventaja directa para él. Cuando un príncipe hace un llamamiento á los suyos para llevar á cabo algún acto de venganza, de robo ó quizás para recuperar un rebaño robado, los primeros llamados son los hermanos jóvenes, los hijos de la casa, y todos los parientes inmediatos, aptos para empuñar las armas. Cuanto más poderoso y más rico es el enemigo, mayor botín puede esperarse; así es que pronto se encuentran otras gentes que se agregan de buena gana á aquéllos para aprovecharse de una parte de la presa y el promovedor de la expedición facilita con gusto á sus agregados armas y municiones, con las cuales asegurar mejor el buen éxito. Cuanto menos peligros ofrece la expedición, tanto más aumenta el número de los que en ella toman parte. Estos se organizan según los parentescos y las amistades y los jóvenes ilustres se ponen al frente de las distintas agrupaciones y son los primeros en la lucha. Así que los verdaderos interesados en el asunto se lanzan valerosamente sobre el enemigo, los demás combatientes se apresuran á seguirles para alcanzar lo más pronto posible el botín; pero si aquéllos sucumben en el ataque, la expedición se disuelve en seguida y nadie piensa más que en salvar su vida.» No sucede lo mismo cuando es el enemigo quien ataca; entonces el propietario y sus más próximos parientes están dispuestos á defender su hacienda y sus bienes, pero la gran masa de los siervos, que ninguna propiedad tiene sobre los rebaños, contempla impávida con la mayor tranquilidad el combate, pues si vence el enemigo, allí mismo matará éste una parte del botín